Introducción

1. El problema de la *Metafísica*

Los libros que componen la obra de Aristóteles conocida como *Metafísica* han constituido desde su origen una materia problemática. Son muchos los aspectos que están rodeados de incertidumbre: la autenticidad de los textos, su composición, el motivo de la adopción del título, el sentido final de la argumentación o la coherencia interna de sus partes. El problema de la *Metafísica* comienza ya con su hipotética composición originaria en la escuela peripatética en vida del maestro, su primera transmisión y su práctica desaparición. La edición canónica de Andrónico plantea cuestiones sobre el criterio de su ordenación, que afectan al propio título de la obra, envuelto en el misterio sobre su pertinencia o su carácter azaroso. A partir de Alejandro de Afrodisia, el problema se traslada al sentido de su contenido doctrinal, que, cada vez más, se inclina a una sistematicidad orientada hacia una finalidad teológica. De hecho, es ese el sentido preferido por la recepción medieval, primero en medios árabes y luego cristiano-latinos. Es el carácter unitario y sistemático el que entra en crisis con la distinción moderna entre dos metafísicas superpuestas: un tratado sobre el ente en general (*generalis*) y un tratado sobre un ente particular, Dios (*specialis*). Esta dicotomía persiste aún entre los investigadores contemporáneos, bajo la forma de una interpretación aporética, que disuelve la pretendida unidad de la metafísica en una teología nunca alcanzada, una física y una lógica. Tras haber pasado por una fase de estudio analítico-filológico, en la época de la post-metafísica, el tratado metafísico aristotélico se reconoce

únicamente como un relato posible, en competencia con otros relatos, filosóficos, científicos, literarios o mágicos.

1.1. El «Aristóteles» de la Escuela Peripatética

El conjunto de textos ensamblados bajo el título *Metafísica* ha sido producido como una labor de escuela, iniciada, posiblemente, todavía en vida del maestro[1], y que se extendió al menos a lo largo de tres siglos hasta la época republicana romana. De la biografía intelectual de Aristóteles de Estagira conocemos bastantes detalles: su origen macedonio, su linaje noble, asociado a su padre, médico del rey Filipo, sus largos años de aprendizaje en la Academia de Platón, la influencia que sus críticas pudieron tener en la parte final de la obra de su maestro, su negativa a conformarse con un papel secundario en la sucesión como escolarca, lo que le llevó a un peregrinaje de varios años por diversas polis griegas, el retorno a Atenas para fundar su propia escuela, el Liceo, donde enseñó durante más de dos décadas, hasta que la muerte de su protector, Alejandro, le impelió a retornar a su patria, donde murió un año después. De sus escritos originales, en cambio, apenas conocemos unos pocos fragmentos de las obras llamadas «exotéricas», escritas por él mismo, mientras que el grueso de su corpus pertenece al ámbito «esotérico», unos tratados elaborados para uso de los discípulos. De modo que se puede concluir que la obra de Aristóteles que ha llegado hasta nosotros, y particularmente en el caso de la *Metafísica*, tiene una finalidad escolar, lo que implica que para conocer a Aristóteles es preciso indagar sobre los avatares que sufrió la escuela peripatética y sobre las relaciones e influencias mutuas con el creciente número de las escuelas de filosofía con las que convivió. Es en ese ámbito escolar en el que hay que examinar la formación y el sentido de las doctrinas

[1] Según Silvia Fazzo, Aristóteles dejó escrita la *Metafísica* «en potencia» («L'emergenza della Metafisica di Aristotele in età romana», *Da Stagira a Roma. Prospettive aristoteliche tra storia e filosofia*, a cura di Silvia Gastaldi e Cesare Zizza (indici a cura di Serena A. Brioschi), Acts of the International Aristotle Conference «Da Stagira a Parigi: prospettive aristoteliche tra Antichità e Medioevo», Pavia i, mayo, 30-31 2016. Pisa ETS 2018, p. 156). Doctrinalmente, no hay duda de que se trata de un texto aristotélico (las partes dudosas del texto son, sobre todo, el libro Kappa, quizá Theta, 6, 1048b18-35, *ibid.* p. 155).

aristotélicas, lo que explica que el Estagirita llegara a ser considerado, en distintos contextos y épocas, un «platonizante», «maestro de lógica», «necesitarista», «científico», «neoplatónico», «aristotelizante», «físico», o «metafísico».

Hay dos clases de obras de Aristóteles, cuya distinción encontramos ya en Cicerón, que separa los tratados de escuela, o *commentaria*, de los ἐξωτερικοί λόγοι[2]; entre estos últimos, hoy perdidos, destacan *Protréptico*, *Sobre la filosofía* y *Sobre la justicia*, unos escritos que continuaron siendo influyentes aun después del retorno post-helenístico del interés por Aristóteles, que se basó, sobre todo, en sus tratados de escuela. No todas las partes del corpus esotérico gozaron de igual fortuna en la antigüedad. Así, la lógica como instrumento de la filosofía fue extraordinariamente apreciada, pero no lo fueron, en cambio, los escritos biológicos –con la gran excepción de Galeno–, como lo prueba el hecho de que Alejandro de Afrodisia no escribiera un comentario sobre los *Parva naturalia* u otros tratados sobre los animales. El curriculum aristotélico que se enseñaba en la antigüedad tardía comprendía lógica, física y metafísica. En general los tratados de filosofía natural de Aristóteles, aunque eran conocidos, no despertaron gran interés, salvo por su vinculación con la filosofía.

Los investigadores han tratado de establecer la cronología original de los escritos de Aristóteles en base a métodos muy similares a los utilizados en el caso de Platón: referencias cruzadas entre las obras, referencias a acontecimiento históricos, supuestos doctrinales anteriores de las nuevas doctrinas, estilometría. En todo caso, las dificultades de la investigación crítica parecen aún mayores en el caso del corpus de Aristóteles que en el de su maestro, sobre todo por tratarse de escritos escolares, no elaborados directamente por su autor.

Pocos decenios después de la muerte de Aristóteles, tras la pérdida de la identidad de Atenas con el advenimiento de las monarquías helenísticas, se instalaron las escuelas dedicadas a las disciplinas prácticas, sobre todo la estoica y la epicúrea. La reflexión más teórica se integra en un sistema ético que apunta al ideal de un modo de vida filosófico. Mientras que la física y la lógica de Aristóteles siguen resul-

[2] *De fin.*, V, 12

tando instrumentos útiles en las escuelas, la filosofía primera solo es usada en el contexto de las enseñanzas físicas o lógicas. Los estoicos se interesaron muy pronto por Aristóteles, ya en el siglo II a.C., como es el caso de Antipatro de Tarso y Panecio de Rodas, al que se describe como φιλαριστοτέλης[3]. En el siglo I a.C., a Posidonio se le considera seguidor del estilo aristotélico (ἀριστοτελίζον)[4], aunque, en general, la recepción de Aristóteles en los estoicos fue muy selectiva, aceptando algunas ideas y rechazando otras. Entre los platónicos la aceptación de las ideas de Aristóteles fue muy notable –salvo en el singular caso de Ático–, como se aprecia en el *Didaskalikos* de Alcino, en el siglo II a.C., donde resume las principales doctrinas de Platón, pero entre ellas incluye ideas indudablemente aristotélicas. Así, atribuye a Platón la silogística aristotélica, tanto categórica como hipotética, transformada en un sistema platónico coherente, sin mencionar nunca ni a Aristóteles ni a ningún otro autor peripatético. En definitiva, en las tradiciones platónica y estoica encontramos una apropiación tácita del aristotelismo, que luego se transformará en el intento sinfónico de integración neoplatónico.

Podemos dividir el peripatetismo en una serie de etapas. El primer pensamiento peripatético comprendería los primeros dos siglos posteriores a la desaparición de Aristóteles, a partir de la asunción del cargo de escolarca por Teofrasto (recepción helenística); el segundo periodo es el del primer siglo antes de nuestra era, con el acontecimiento singular de la edición del corpus por Andrónico de Rodas (retorno post-helenístico), y el tercer periodo, en la antigüedad tardía, se extiende hasta el 200 d.C., caracterizado por el comentarismo y por la figura de Alejandro de Afrodisia[5]. Ya Aspasio y Estrabón hablan de dos generaciones de filósofos peripatéticos: la antigua escuela, a partir de Teofrasto, y la nueva, a partir de Andrónico de Rodas y Boethus de Sidón. En el periodo helenístico las ideas de Aristóteles eran ampliamente conocidas, pero es imposible distinguir si se debe a la familiaridad con sus

[3] Filodemo, *Historia de la Estoa* (PHerc. 1018), col. 61 Dorandi.

[4] Estrabón, *Geographica*, II, 3, 8.

[5] Andrea Falcon (ed.), *The reception of Aristotle in Antiquity*, Leiden, Boston, Brill, 2016.

obras exotéricas o esotéricas. Según Estrabón, que utiliza el término αριστοτελιζειν para significar un modo de hacer filosofía al modo aristotélico, especialmente en relación al estudio de las causas, los peripatéticos, después de Teofrasto, se limitaron a realizar ejercicios retóricos, y a la dificultad de acceder a los libros se sumaban los errores e inconsecuencias respecto del verdadero sentido de la filosofía de Aristóteles que se contenían en las copias en circulación. Estrabón considera que los nuevos peripatéticos filosofan más al modo aristotélico (φιλοσοφεῖν και ἀριστότελιζειν), interpretación que, probablemente, se basa en el hecho de que la nueva generación contaba ya con textos dotados de autoridad sobre los que llevar a cabo comentarios, lo que ya a partir del siglo I a.C. se consideraba que era en lo que consistía realmente la actividad filosófica. La identificación del aristotelismo como un corpus de ideas bastante definido no comienza sino hacia el primer siglo de nuestra era, contando con el hito de la creación de una cátedra de filosofía aristotélica por el emperador Marco Aurelio en Atenas.

Los primeros «peripatéticos» fueron los inmediatos sucesores de Aristóteles al frente del Liceo, de los que conoce a los seis primeros: Teofrasto, Estratón, Licón, Aristón, Critolao y Diodoro[6]. También se incluye como tales a los discípulos de la escuela en el momento de la muerte de Aristóteles, de entre los que destacan Eudemo de Rodas, Dicearco de Mesina, Aristóxeno de Tarento o Demetrio Falero, o a quienes llegaron posteriormente, como Jerónimo de Rodas o Praxífanes de Mitilene; e incluso a quienes en los primeros tiempos escribieron sobre Aristóteles, como Hermipo de Esmirna o Heráclides Lembo, aunque no está claro si pertenecieron a la escuela. Parece evidente que el proyecto aristotélico sobrevivió al maestro, como lo muestra la aparición de una serie de obras dudosas, incluso dentro del corpus, como *Metafísica* K, *Magna moralia* o *De las virtudes y los vicios*, y otras atribuciones más claramente falsas, de entre las que destaca la colección *Problemata*, en la que los principios metafísicos se reducen casi exclusivamente a las causas material y eficiente. Cicerón[7] considera que

[6] David Lefebvre, «Aristotle and the hellenistic Peripatos: From Theophrastus to Critolaus», *The reception of Aristotle*, pp. 14-31.

[7] *De fin.*, V, 3.

la Academia es el origen común de platónicos y peripatéticos, de los que Aristóteles mismo es el «príncipe», incluyendo en una «vieja» escuela a Teofrasto y sus contemporáneos. También cree percibir los primeros signos de criticismo respecto al maestro, sobre todo en la doctrina ética, pues, incluso Teofrasto le atribuiría un papel preponderante a la fortuna en el logro de la felicidad, y luego Jerónimo afirmaría que la felicidad es sobre todo la ausencia de dolor (*vacuitatem doloris*). Todos estos serían signos de una «degeneración» en la escuela.

En todo caso, sabemos con seguridad que el primer escolarca del Liceo fue Teofrasto de Ereso (322-ca. 289). Sobre su elección como sucesor en la dirección de la escuela conservamos una narración, probablemente apócrifa[8], en la que leemos que Aristóteles escogió en su lecho de muerte a Teofrasto sobre Eudemo de Rodas, siendo ambos quienes superaban al resto en ingenio y conocimientos (*ingenio hi atque doctrinis ceteros praestabant*). Teofrasto estudió primero con Platón y luego se unió a la escuela aristotélica, y de él conservamos cientos de fragmentos y un breve tratado llamado *Caracteres*. Se le suelen asociar a Fenias, Jameleo y Praxífanes. Ciertamente Teofrasto parece en ciertos respectos un crítico de su maestro. Así, se le puede considerar un intérprete proto-estoico de la doctrina del cosmos de Aristóteles en su concepción del automovimiento del cielo, es crítico con un excesivo uso de la teleología metafísica, no muestra demasiado interés por el hilemorfismo y rechaza la definición de Aristóteles del lugar. Sin embargo, también se pueden entender estas innovaciones como un intento por continuar el proyecto aristotélico desarrollando más extensamente ciertos tópicos que no habían merecido el interés central del maestro.

Según Teofrasto, no hay dos realidades, sino que el todo es único, no es episódico, con una jerarquía de lo inteligible a lo sensible, y de lo anterior a lo posterior. Los números no tienen naturaleza y no pueden mover. Hay que determinar qué ente es el primero, con unidad de número, de género o especie, lo que se puede hacer por semejanza. El principio puede tener cierta potencia superior y cierta eminencia. Por analogía solo puede mover sin ser movido algo así

[8] Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, 13, 5, 1-12.

como lo deseado, y este primer ser tiene οὐσία y ἐνέργεια. Es una aporía que haya un solo primer motor pero los movimientos naturales sean múltiples. La ciencia consiste en ver lo idéntico en la pluralidad, y la adquisición de los primeros principios es como si la mente los tocara. El cielo, que es como un animal, como una substancia que ha de moverse, no puede ser separado y en reposo pues entonces su οὐσία sería solo equívoca, como la mano separada y en reposo es una mano equívocamente. Especialmente el movimiento es la οὐσία del cielo, porque su esencia es el movimiento y tiene materia trasladable. En Teofrasto encontramos una crítica explícita a la ausencia de unidad en la explicación y a la existencia de dos sistemas en Aristóteles, uno natural y otro teológico.

El rival de Teofrasto, Eudemo, volvió a su lugar de nacimiento después de no ser elegido escolarca y se ocupó sobre todo de física y matemáticas. Estratón de Lampsaco (289-269) sucedió a Teofrasto, siendo conocido como ὁ φυσικός. Tanto los antiguos como los modernos han considerado que el Liceo entró en un periodo de decadencia a partir de Estratón, e incluso Estrabón y Plutarco nos hablan del declinar de Liceo después de Teofrasto. El motivo fundamental habría sido el escaso acceso a los textos escolares de Aristóteles, incluyendo también los del mismo Teofrasto, y la mala calidad de las copias que circulaban. Desde luego, esta interpretación está muy condicionada por la concepción de la filosofía como comentario y no como actividad oral, característica del helenismo romano. Lo que parece indudable es que los primeros peripatéticos se desinteresaron por la física o la metafísica, y se ocuparon de temas como la historia, la biografía, la gramática, la ética o la política.

Otro de los primeros peripatéticos fue Demetrio Falero, que actuó como embajador de los atenienses ante Macedonia después de la Guerra Lamiaca (322), pero cuya proximidad a la corte macedonia provocó su expulsión de Atenas; se le denominó νομοθέτης, por sus conocimientos en leyes. Aristóxeno de Tarento modificó el género de la biografía, que se dedicaba a exponer βιοῖ, o modos de vida, para darle su sentido posterior como narración de la vida de un individuo, escribiendo biografías de Pitágoras, Arquitas, Platón o Sócrates. Heráclides Póntico, según la tradición procedente de Diógenes Laercio, se supone

que oyó (ἤκουσε) a Aristóteles, pero hoy se duda de su filiación peripatética, pues se supone que pudo pertenecer a los círculos de Espeusipo y los pitagóricos, y que permaneció como un platónico independiente sin llegar a estudiar con Aristóteles[9]. Dicearco, del que sabemos que fue leído por Cicerón, fue un pensador independiente, que destaca por sus estudios en la historia de la cultura griega. Clearco de Solos comentó, ya a finales del siglo IV, obras de Platón, como *República* y *Timeo*, y es la fuente de la anécdota según la cual Aristóteles se habría encontrado con un filósofo judío[10]. Critolao entró en el Liceo bajo la dirección de Aristón de Ceos, y llegó a ser él mismo jefe de la escuela sucediendo a Jerónimo de Rodas o Jerónimo «el Peripatético», que es conocido por la referencia de Cicerón como defensor de la idea de que el *summum bonum* es la ἀπονία o ausencia de dolor; también formó parte de la embajada de filósofos que llegó a Roma en 155, y según Cicerón se limitó a seguir los modelos anteriores (*imitari antiquos voluit*)[11]. Critolao intentó distanciar al aristotelismo del estoicismo, pero fue acusado por filósofos como Antioco de Escalón por no haber sido fiel a Aristóteles y por no haber entendido la filosofía como una actividad de exégesis de los textos.

En Antioco (130-68) encontramos ya una ecléctica mezcla –que intenta ser sintética– de la escuela estoica, la antigua academia y los peripatéticos, que tenían en común una forma de pensamiento que oponía estas escuelas a los epicúreos y los escépticos. Según narra Cicerón, el intento de Antioco se basaba en la creencia en que la Academia platónica y el Liceo aristotélico compartían la misma doctrina, aunque adoptaran diferentes nombres. El propio Antioco era un seguidor de la Academia, y se oponía al giro escéptico que le habían dado al platonismo Arcesilao y Carnéades. La cuestión es que el Aristóteles al que tuvieron acceso tanto Antioco como Cicerón parece ser, más que el de los tratados del corpus de Andrónico, el de las obras exotéricas y quizá algunos tratados de retórica de inspiración aristotélica. El mismo Cice-

[9] Han Baltussen, *The Peripatetics: Aristotle's Heirs, 322 BCE-200 CE*, Londres-Nueva York, Routledge, 2016, p. 22, n. 30.

[10] Josefo, *C. Ap.* I, 176-180.

[11] *De fin.*, V, 5.

rón, según la interpretación más extendida, no conoció o no prestó atención al corpus organizado por Andrónico. Dos de los seguidores de Antioco, Aristón de Alejandría y Cratipo de Pérgamo, se declararon peripatéticos, siendo reconocido este último por Cicerón como su maestro. Diodoro de Tiro, que pudo haber sido escolarca sucediendo a Critolao, sigue a Jerónimo en su teoría ética que identifica el bien con la virtud y la *ἀπονία*.

Andrónico de Rodas, escolarca del Liceo entre 78 y 47 a.C., es conocido sobre todo por su labor como editor de la obra esotérica de Aristóteles[12], pero también puede considerarse el primer comentarista de esos textos, iniciando una tradición, continuada ya por su discípulo Boethus, que en la escuela peripatética se seguirá aun después de que desapareciera la propia escuela, absorbida por los platónicos en el tercer siglo de nuestra era. Andrónico escribió una biografía de Aristóteles y una «paráfrasis» de las *Categorías*, frente a la «exégesis» de su discípulo Boethus.

Si el primer siglo anterior a nuestra era constituye un punto de inflexión en la historia del aristotelismo por el establecimiento de un corpus de obras organizado y sistemático, el verdadero «renacimiento» del peripatetismo tiene lugar a partir del siglo II d.C. La escuela aristotélica aparece en el debate con las otras escuelas filosóficas de la época, como estoicos, epicúreos y platónicos, y las ideas de Aristóteles influyen en las doctrinas de médicos como Galeno o físicos como Ptolomeo. Sin embargo, fuentes neoplatónicas hablan de Andrónico y Boethus como los últimos sucesores (διάδοχοι) de la escuela peripatética, pues, cuando reaparecen grandes peripatéticos, lo hacen ya en un nuevo contexto que ya no es ateniense sino romano, ya que, a partir del siglo I a.C. los centros de estudio de la filosofía se trasladaron de Atenas a las grandes capitales del Imperio romano.

Uno de los signos de las dificultades de interpretación de los conceptos de Aristóteles que ya surgían en este momento es su consideración de la forma como no-substancia. Para Boethus, de quien se dice que

[12] Aunque ese papel ha sido cuestionado por Jonathan Barnes y Miriam T Griffin, *Philosophia togata. II: Plato and Aristotle at Rome*, Oxford, Clarendon Press, Oxford University Press, 1997, pp. 28-44.